

BX890

B3

V2

SERMONARIO
MEXICANO

COLECCION DE SERMONES
SOBRE LA SANTA CRUZ
RECOLECTA POR LOS DOMINICOS DE LA ORDEN DE S. DOMINGO
DE LA CIUDAD DE MORELIA
COMPOSICIONES Y PREDICACIONES
DE VARIOS AUTORES



Capilla Altar Mayor
Universidad de Morelia



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON
SOBRE LA SANTA CRUZ

CONSIDERADA
COMO LA INSIGNIA Y SEÑAL DEL CRISTIANO
PREDICADO
EN LA CATEDRAL DE MORELIA
POR EL
ILLMO. SR. DR. D. CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA

Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.
Lejos de mí el gloriarme, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

S. Pablo á los Gálatas, Cap. VI, v. 14.

Quando la fama, hermanos míos, había ya conducido á muy prodigiosas distancias el nombre de aquel esclarecido apóstol á quien Dios había suscitado muy especialmente para la conversión de los gentiles; quando la presencia de Pablo ponía la celosa envidia en el ánimo de los judíos, y las más terribles alarmas en el corazón de los infieles, porque aquella presencia traía consigo la representación tácita de la victoria; el Apóstol entró en cierta especie de inquietud á la vista de su misma celebridad, se estremeció de su propia nombradía, y hubo menester de apoyarse fuertemente en la Cruz del Salvador, para mirar con quietud, sin recelo y sin alarma su propia gloria.

008626

“Lejos de mí, decía, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.—Dios me ha enviado, escribía también á los fieles de Corinto, á predicar el Evangelio, sin valerme para esto de la elocuencia de palabras, á fin de que no se haga inútil la Cruz de Jesucristo.” (1) El Santo Apóstol, hermanos míos, no quería dar un solo paso sino llevando la Cruz delante de sí, ni pronunciar una palabra sola, sino á fin de que en ella y por ella fuese bendecida, y honrada, y glorificada esta señal sublime de nuestra redención: porque “la palabra de la Cruz que aparece como una necedad á los ojos de quienes se pierden, viene á ser para los que se salvan, continuaba diciendo, es decir, para nosotros, el poder y la sabiduría de Dios.” (2) He aquí la razón por qué el Apóstol no quería gloriarse en otra cosa, y por qué cada uno de nosotros, á ejemplo suyo, debemos decir continuamente con la palabra y con las obras: “Lejos de mí el gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.” *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

Pero ¿cuál será, decidme, la causa ó el secreto principio de esta consagración tan absoluta del Apóstol al sagrado madero de la Cruz? La misma, hermanos míos, que tiene el soldado invencible inspirado por él honor y por la gloria, para rendir los homenajes mas grandes y mas dignos á las banderas que le conducen al combate y á la victoria. Soldados de Jesucristo, la Cruz es nuestra señal y nuestra bandera, y en ella honramos y damos gloria á ese Rey Supremo, que muriendo sobre la Cruz, triunfó de la muerte, salvó la humanidad y encadenó al pie de este signo sagrado á todos los enemigos de su reino.

¿Qué asunto, pues, mas importante, hermanos míos, pudiera yo elegir para vuestra propia edificación, que el llamar vuestro entendimiento y vuestra voluntad hácia la contemplación y culto de este signo misterioso? Como que él es vuestra enseñanza, vuestra guía y vuestro apoyo, tiene

(1) Epíst. I á los Corint., cap. I, v. 17.

(2) Cap. I, v. 18.

relaciones íntimas y esenciales con vuestro pensamiento, vuestra voluntad y vuestra conducta. Descubrir y fijar estas relaciones; he aquí la obligación que hoy me impone mi santo ministerio: pensar, sentir y obrar según ellas; he aquí los preciosos frutos que debéis rendir vosotros á la palabra divina. Para lo primero, necesitáis instrucciones; para lo segundo, vuestra voluntad exige sentimientos; para lo tercero, vuestra conducta ha menester de reglas. Es mi ánimo por lo mismo proveeros hoy competentemente de todo, considerando la Santa Cruz: primero, en las instrucciones que contiene; segundo, en los sentimientos que inspira; tercero y último, en la conducta que prescribe.

PRIMERA PARTE.

Considerada la Cruz en sí misma, fué antes de Jesucristo un instrumento de que se servían las autoridades para dar muerte á los malhechores, fué una especie de patíbulo ó suplicio. Con este mismo carácter la emplearon los judíos cuando ya resolvieron el dar muerte á Nuestro Redentor, y por esto los dos ladrones que juntamente con su Divina Magestad fueron ajusticiados, murieron tambien cada uno de ellos en su respectiva cruz. Pero desde el instante mismo en que el sagrado cuerpo de Nuestro Señor fué clavado en ella, cambió, señores, enteramente su significado y su destino, pasando á ser trono en vez de cadalso, fuerza en vez de debilidad, luz en lugar de tinieblas, honor

en lugar de infamia, bandera de triunfo en lugar de signo de muerte, objeto anhelado por todos en lugar de signo afrentoso de que todos huían, monumento de una regeneración sublime, egida poderosa de la virtud, terror de sus enemigos y precursora de la inmortalidad. ¿Y todo esto por qué, hermanos míos? *Porque es figura de Jesucristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

¡Ah! mi alma se siente profundamente conmovida, cuando retrocediendo con su meditacion hasta el triste y glorioso día en que comenzó á tener una historia de resurreccion y de vida este instrumento de muerte, se detiene allí á contemplar la Cruz, y desde allí parte considerándola en su vasta carrera, y acompañándola hasta el presente día. *Cuando yo hubiere sido exaltado de la tierra,* decia Jesucristo, *lo he de atraer todo hacia mí* (1). Dijo, murió en la Cruz: y ¿qué visteis desde entonces, oh católicos, sino la sorprendente y magnífica puntualidad de esta cita profética? Las generaciones y los siglos parecieron apresurarse con inaudita espontaneidad á obedecer este precepto soberano. Un soldado que estaba allí presente exclamó, á la vista de Jesucristo muerto: “No hay duda, este era hijo de Dios (2).” Esperad un tanto, y ya veréis cómo el eco del Centurion, semejante al trueno que se difunde por las alturas, y parece multiplicarse al chocar con las esferas que giran por el espacio, para volver á herirnos con el eco de los mundos, muy pronto se reprodujo en el corazón de los pueblos, para dar á la Cruz del Salvador el testimonio mas brillante de su poder. Apenas los apóstoles empiezan á pasear, digámoslo así, la sagrada insignia del Calvario, y ya los pueblos caen á sus piés. Alármense los principes, como estaba escrito, (3) y en odio del Crucificado se reúnen todos para estirpar hasta sus últimas memorias. Fuego y sangre decretan contra la nueva familia; por tres siglos tuvieron levantado

(1) S. Juan, cap. XII, v. 32.

(2) S. Mat., cap. XXVII, v. 54.

(3) Salm. II, v. II.

su brazo sacrilego; á millares perecen las víctimas; pero esta sangre preciosa, vertida en defensa de la Cruz, burbulla mas y mas, como tambien estaba escrito (1), el furor de los magnates, porque “la sangre de los mártires, dice un padre de la Iglesia, se convertia en una semilla de cristianos.” La saña de los perseguidores no deponia su furor; pero la Cruz parecia multiplicar, como las estrellas del cielo, los adoradores en espíritu y en verdad; y despues de haber rendido á los pueblos, rindió á los reyes, viniendo á encontrar su trono en la corona de Constantino. ¿Y todo esto por qué, hermanos míos? *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

Desde entonces todo fué para la Cruz una carrera de victorias: no pasaba un año sin que le dejase un ilustre trofeo; no pasaba un siglo sin que la colocara en las páginas de la historia, como el origen de nuevas conquistas. Arruínanse los templos del paganismo, levántanse aquí y allá soberbias basílicas en honor de Jesucristo á expensas de los potentados del mundo, y estos nobles santuarios elevan prodigiosamente sus cúpulas para encumbrar hasta las primeras alturas el signo sublime de nuestra redencion. Desenvuélvese rápidamente la civilizacion de los pueblos, llevando siempre delante de sí la sagrada señal, poniéndola igualmente en los palacios y en las chozas, en las escuelas del genio, en los talleres de las artes y sobre esos aparatos magníficos, que surcando los mares, estrechan las naciones, esparciéndola por las aldeas, colocándola en los caminos y asentándola sobre las altas montañas. La Cruz vino á ser el signo de la civilizacion, y para encontrar los asilos de la barbarie, bastaba descubrir algunas regiones donde no estuviere puesta una Cruz. La Cruz iba delante de los ejércitos innumerables, volvía exaltada entre los conciertos de la victoria, venia formando la divisa de honor, y cuenta ya muchos siglos de ser la mas insigne y gloriosa recompensa, y el mas estimable obsequio en los Estados mas cultos de la Europa: ha sido exal-

(1) Salm. II, v. 1.

tada por el genio de las artes, y ha llevado las primicias en la voz de los poetas. Y todo esto ¿por qué, hermanos míos? *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

¡Qué mucho, sacro y augusto madero, que la Iglesia te encumbre en sus cánticos hasta la altura de la gloria, cuando tienes el rango de la nobleza entre todos los árboles, cuando has merecido que de ti penda el precio del mundo, con la Gran Víctima, cuando unguida por último, con la divina sangre del Cordero, has venido á ser la arca y el puerto para el mundo todo que iba á naufragar! (1) Estas son, católicos, las primeras instrucciones que nos da con sola su presencia y sus recuerdos la Cruz del Salvador. ¡Cuán grande es nuestra dicha, de que sea ella nuestra señal, nuestro apoyo y nuestra esperanza! Cuán alta parece á mis ojos nuestra nobleza, cuando veo que á tanto se ha extendido la munificencia del Señor, que nos ha permitido y aun mandado por su Iglesia, formarla con dos de nuestros dedos, para que esté siempre pendiente de nuestra voluntad, y nos acuda con el socorro en las mas grandes necesidades y los peligros mas terribles de la vida! Pero al mismo tiempo, católicos, ¡cuán esmerada y exquisita, cuán reverente y atenta debe ser vuestra solicitud al formar con vuestros dedos, llevar á vuestra frente, traer á vuestros labios, y conducir hasta vuestros pechos este sagrado signo! Cuando extendiendo vuestras manos y haciéndolas pasar primero desde la frente hasta la cintura, y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, para encerrar en una grande cruz las tres pequeñas de que acabo de hablaros, ¿quién de vosotros, decidme, podrá ya en adelante mantenerse frío é indiferente, si al formar esas tres pequeñas cruces, que es lo que quiere decir *persignarse*, ó la Cruz mas grande, lo que damos á entender con la palabra *santiguarse*, considera detenida y atentamente la magnífica representación del signo, y las innumerables gracias y bienes infinitos unidos á su empleo?

(1) Véase el himno. *Vexilla regis.*

Pero si esto no basta, atended aún, pues voy á haceros nuevas revelaciones: voy á manifestaros la intención que debéis tener en el uso de la Cruz, haciéndoos ver los bienes que pedis y los misterios que profesais.

Todas las necesidades que pueden referirse á nuestra vida moral están cubiertas con el uso que hacemos de la Santa Cruz, como vais á verlo. Al formar la primera cruz sobre nuestra frente, decimos estas palabras. *Por la señal de la Santa Cruz:* al formarnos la segunda sobre nuestros labios, decimos estas otras, *de nuestros enemigos:* al formar la tercera sobre nuestros pechos, pronunciamos estas otras: *libranos Señor, Dios nuestro:* y al formar la cruz mayor, con que nos santiguamos, invocamos á toda la Trinidad Augusta, pues poniendo nuestra mano derecha sobre la frente, decimos: *En el nombre del Padre,* poniéndola sobre la cintura, decimos: *y del Hijo,* y trayéndola del hombro izquierdo al derecho, decimos: *y del Espíritu Santo.*

Ahora bien, hermanos míos, despues de haberos asegurado mediante el uso de la cruz con el poder de la divinidad y con el de la humanidad santa de Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué podríamos temer? Cerradas quedan para todos nuestros enemigos las avenidas todas de nuestra alma. Bien sabéis que á ésta no pueden entrar aquellos sino por una de tres puertas, digámoslo así; ó por la puerta del pensamiento, ó por la puerta de la palabra, ó por la puerta de la acción. La alma es una, simple, indivisible; pero su comercio con el mundo exterior se abre por los sentidos, como el de un Estado por sus respectivos puertos. Mientras vive en este mundo, se afecta y obra por los sentidos; mientras vive en este mundo, pelea con sus adversarios; mientras vive, pues, en este mundo debe estar siempre vigilante sobre sus sentidos, para no ser invadida por esa multitud inmensa de contrarios que de continuo la asaltan, turbán y persiguen. ¿Y cuál será el arma poderosa á que haya de recurrir, para luchar con ellos continuamente sin ser nunca derrotada? La Santa Cruz. Pues qué, *¿la Cruz tiene virtud para libranos de*

ellos? No lo dudéis, católicos, tiene virtud y muy grande, pues desde que Jesucristo murió en la Cruz todos vivimos en ella, nadie vive sino por ella; y al contrario muere infaliblemente el que no cuenta con ella: porque, lo digo y lo repetiré mil veces, con ella y solo con ella podremos infaliblemente triunfar de nuestros enemigos. ¿Por qué? Porque la Cruz tiene virtud para librarnos de nuestros enemigos. ¿Por qué? Por haberlos vencido Jesucristo nuestro Señor con su muerte en ella.

Conocéis pues, hermanos míos, las necesidades de vuestra alma, reducidas á una fuerza competente para triunfar de nuestros enemigos; conocéis la virtud omnimoda y suprema de la Cruz; sabéis que el pensamiento, la palabra y la acción reasumen todos los objetos del combate; sabéis que en estas tres líneas el alma está afectada y obra por los sentidos: sabed ahora que en los sentidos están íntegramente representados en tres objetos: que en la frente se representa el pensamiento, en los labios la palabra, y en el pecho las acciones. Sellad, pues, esas tres puertas representativas, y tendréis bien segura, no lo dudéis, la bella Jerusalén de vuestra alma. Nos signamos, pues, en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos, nos signamos en los labios, para que nos libre Dios de las malas palabras, y nos signamos en los pechos, para que nos libre Dios de las malas obras. Esta triple libertad nos da la suma del mayor bien que podemos disfrutar en la tierra, el concierto de todo nuestro ser en una buena conducta, la union y amistad con Dios por medio de la caridad. Refiriéndolo, pues, todo á este único pensamiento, y como queriendo que nuestra naturaleza por el ejercicio de la caridad imite cuanto es dable el concierto de las dos naturalezas en la persona de Jesucristo, concluiremos la grande obra, encerrando en una grande cruz las tres pequeñas cruces, esto es, cubriéndonos con la Encarnación del Divino Verbo, en el momento mismo en que invocamos á la Trinidad Santa; pero esto necesita todavía de cierta explicacion que voy á haceros desde luego; pues

que ya es tiempo de hablar de los profundos misterios que en sí contiene y encierra esta aplicacion continua de la Cruz.

“Cuando nos adornamos con esta santa insignia, *signándonos y santiguándonos*, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe, que son: *El de la Santísima Trinidad* en las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho para *signarnos*, y en la cruz que hacemos para *santiguarnos*, diciendo al mismo tiempo en el nombre (lo cual manifiesta la bondad de Dios) *del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, que es la Trinidad de Personas. Por eso la cruz que hacemos cuando nos *santiguamos*, abraza todas las tres con que nos *signamos ó persignamos*; porque siendo una sola la Divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas: *El de la Encarnacion*, en el hecho mismo que confesamos al Hombre Dios muerto en una Cruz por nuestra salvación eterna. *El de la Pasion* en la acción de hacer la cruz, porque en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo crucificado. *El de la Redencion* en la misma cruz que formamos, pues este Hijo que bajó de lo alto del cielo á hacerse hombre en el purísimo vientre de María Santísima, muriendo en la Cruz, nos redimió del pecado. *Y el de la Resurreccion* en llevar la mano desde el hombro izquierdo al derecho, pues denota que fuimos trasladados del estado de la culpa, significado en el hombro izquierdo, al feliz estado de la gracia, figurado en el derecho; concediéndonos el Señor facultad para que paseemos desde el lado de los malos al de los buenos.” (1)

La última instruccion que me propongo daros, mira, hermanos míos, á los efectos que produce en nosotros el uso frecuente de la Cruz. Ellos pueden inferirse de todo lo que llevamos dicho; pero para mayor claridad os diré que son cinco los mas principales: alistarnos bajo las banderas de Jesucristo, defendernos de las tentaciones del demonio y tambien del mundo y de la carne, ahuyentar los

(1) Catecismo de Astote y Ripalda. 1833 801 91119 1111111111

espíritus malignos, distinguirnos de las naciones infieles y hacer una confesion eterna y constante de nuestra fe.

Pero estas instrucciones santas nunca dejarán de ser estériles, católicos, si á lo que el entendimiento concibe no está continuamente unido lo que siente el corazon. No basta, pues, hablarlos de las instrucciones que encierra este gran misterio de la Cruz: porque él es práctico, fe- cundo, santificante, ilustra al mismo tiempo que inflama, mueve al mismo tiempo que enseña.

SEGUNDA PARTE.

Imaginad, hermanos míos, todo el poder que tendrá sobre el corazon un signo que al mismo tiempo habla á la memoria con recuerdos inmensos, al entendimiento con verdades sublimes y á la voluntad con afectos inexplicables. Colocada entre los cielos y la tierra, la Cruz expresa esa alianza magnífica producida por una caridad infinita mediante la redencion. Dividiendo, por explicarme así, en el órden de los tiempos las dos mas grandes épocas del mundo, abarca con sus brazos extendidos todos los acontecimientos humanos, reasume los dos Testamentos del Señor, une á los Profetas con los Evangelistas, á los Patriarcas con los Apóstoles, á la Jerusalem antigua con la Iglesia nueva. Los muros del viejo templo se despedazan, alzanse las soberbias basílicas que denuncian al orbe el reinado del Redentor, y el Redentor del mundo se presenta, entre los éxtasis de los ángeles y las adora-

ciones de los hombres, no ya como un delincuente que espira en el patíbulo, sino como el Rey eterno que domina desde el sacro madero: *Regnavit a ligno Deus.*

Pedeis considerar esta señal sacratísima: 1.º, relativamente á Jesucristo que la divinizó; 2.º, relativamente á vosotros á quienes os purifica y al mismo tiempo sostiene; 3.º, relativamente al mundo que no vive para la felicidad, sino precisamente por la Cruz; y esta triple consideracion, hermanos míos, abre tres espaciosos senderos al indefinido curso de vuestros sentimientos cristianos, dando al corazon por morada la ciudad santa del amor divino, a un durante su mansion en la tierra.

Considerada bajo el primero de estos aspectos la Santa Cruz, nos engolfa todos en un piélago de amor; *porque es figura de Jesucristo crucificado por quien fuimos redimidos en ella.* En efecto, hermanos míos, la Santa Cruz, es el soberano resumen de la pasion del Señor. Nos es imposible verla sin trasladarnos al Calvario, sin andar con los recuerdos y un corazon reconocido las calles de Jerusalem por donde la llevó sobre sus hombros el mismo Jesucristo. Ah! creemos asistir al espectáculo sangriento, creemos escuchar aquellas palabras de salud y de amor que salieron de los labios de la victima, presenciar el insolente clamoreo de las turbas que se rebelaban contra su Salvador divino, contrastando con la paciencia sublime del Hombre Dios presto á morir; escuchamos aquella voz que hiende los cielos para desarmar la cólera del Padre en favor de un pueblo ciego de furor; sentimos el tránsito á la inmortalidad otorgado espontáneamente á la suplicante voz de un hombre arrepentido: nuestro espíritu se rinde á la admiracion al escuchar la consumacion de la grande obra, y nuestros ojos se arrasan de lágrimas al ver entregado al Padre el espíritu de Aquel que es desde la eternidad, que se hizo hombre para poder morir por nosotros, y que muriendo, como canta la Iglesia, destruyó nuestra muerte para reparar luego nuestra vida con su resurreccion gloriosa: *Qui mortem nostram morien-*

do destruit, et vitam resurgendo reparavit. He aquí, hermanos míos, el primer orden de sentimientos que nos inspira el misterio de la Cruz, este misterio que incorpora nuestras lágrimas en el reino de los cielos, santificando la tribulación, elevando el dolor al rango de la felicidad, y haciéndonos despreciar la muerte ante la imagen siempre viva de un reino que no acabará jamás, para el cual hemos sido criados, y en el cual viviremos por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor que le ha comunicado un valor infinito con su muerte en ella.

Considerada la Cruz relativamente á nosotros que somos cristianos, se nos presentó naturalmente como la compañera inseparable de toda nuestra vida: durmió con nosotros el sueño de la infancia; entrará con nosotros en la carrera del sepulcro. Este signo sagrado fué el dulce objeto de las primeras conversaciones que tuvimos con los autores de nuestros días: nuestra madre nos persignaba en la cuna, y parecía imprimirnos ese carácter de la educación religiosa que suele salvar al hombre en la borrasca de las pasiones. La Cruz se nos representaba siempre en el hogar doméstico; nos tenia pendientes de las alturas de nuestros templos; se nos hacía presente en todas partes, en las ciudades lo mismo que en las aldeas; y no la hemos perdido de vista en todo el curso de nuestra vida, sino solo en aquellos momentos desgraciados en que nos hallamos fuera de nosotros. La Cruz viene á consolarnos en medio de los trabajos, subrogándose en lugar de ellos, y haciéndonos socios de Jesucristo en su pasión. ¿Qué mas os diré? Nada, sino solo producir en vosotros un recuerdo, el de aquellos sentimientos inexplicables que experimentais á la vista de un Crucifijo, en el silencio de las pasiones, en la soledad de la conciencia, cuando os encontráis solos con vuestra iniquidad, vuestra esperanza y vuestra religion, sorprendidos por el desengaño y vencidos ante Dios por el arrepentimiento. La Cruz entonces os consuela, os exhorta, os fortalece, os habla un idioma que no se parece á ninguna lengua, un idioma

que excede á todos los libros, un idioma que encadena las pasiones y vence el corazon para el cielo. Nace de aquí un segundo orden de sentimientos: la resignacion, la confianza, y sobre todo el amor á la Cruz. Nada tienen ya de áspero é insoportable los deberes y los trabajos, y basta al hombre sentir como debe, para experimentar los efectos magníficos de la conviccion sobre la verdad con que Jesucristo dejó dicho: *Mi yugo es suave, y mi carga ligera.* (1)

Considerada la Cruz relativamente al gran cuerpo de los pueblos y á los destinos de todo el género humano, ella está sobre la portada de la historia, para recibir todos los tributos de admiracion, de reconocimiento y de sumision. A ella nos convertimos cuando á la vista de esta inmensa transformacion que ha sufrido todo el universo moral, andamos en busca de la causa ó gran principio del nuevo reino de Jesucristo. ¿Quereis, hermanos míos, saber el *porqué* de esas verdades celestiales difundidas por todos los pueblos, constantemente profesadas por todas las generaciones? Preguntadlo á la Cruz. ¿Quereis que os conduzca por el sendero de todas las tradiciones hasta el nacimiento de todas esas virtudes que forman el tesoro de la Iglesia santa y la suprema gloria del mundo católico? Yo os conduciré á la montaña donde la Cruz se inauguró como trono del nuevo Rey, pasando de la infamia de un patíbulo á la gloria de un instrumento de vida, de un puerto de salvacion. ¿Por qué esos establecimientos innumerables consagrados al ejercicio de la abnegacion cristiana? Por la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué esos asilos que tiene abiertos la caridad á la infancia abandonada, á la vejez impotente, á la humanidad herida por el dolor, á todos los que padecen, á todos los que lloran? Por la Cruz de Jesucristo. En fin, hermanos míos, donde veais enjugada una lágrima, encontraréis una Cruz; donde veais curadas las heridas del cuerpo y las todavía mas terribles heridas del

(1) *Matt. cap. XI, v. 30.*

alma, encontraréis la Cruz; donde veais crecer, desarrollarse y llegar á su perfeccion las insignes virtudes, encontraréis la Cruz; donde admiréis el heroísmo cristiano, encontraréis la Cruz: así comprenderéis cómo la santa Cruz no solo encierra instrucciones profundas y verdades divinas para el entendimiento, sino que comprende tambien el manantial inagotable de las mas altas virtudes, de los afectos mas puros, de los sentimientos mas elevados para el corazon. ¿Cuál debe ser, pues, vuestra conducta, hermanos míos, para con esta insignia divina? ¿cuán grande vuestra solicitud sobre los deberes sublimes que os impone? Hé aquí lo que tenia reservado para cerrar esta santa instruccion acerca de la insignia y señal del cristiano.

TERCERA PARTE.

Los deberes que nacen, hermanos míos, de las relaciones que tenemos con la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, siguen la misma razon del uso que hacemos de este signo sagrado. Nos signamos en la frente, nos signamos en los labios, nos signamos en el pecho, nos santiguamos en fin; y todo esto precisamente porque tenemos obligaciones que llenar para con esta Cruz adorable en el órden de nuestra razon, en el órden de nuestra voluntad, en todo el sistema de nuestra vida exterior.

San Pablo decia frecuentemente: *yo no quiero saber mas*

que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado. (1) ¡Sublime leccion que nos dá el Apóstol de las gentes, para santificar con la Cruz nuestra inteligencia y nuestro saber. Los gentiles condenaban la Cruz como una locura; los cristianos debemos reconocerla como la sabiduria de Dios. Esto quiere decir, que debemos sellar con la Cruz nuestro entendimiento, ó lo que es lo mismo, sujetar nuestra razon á la fe, nuestro saber al consejo del Espíritu de Dios, nuestros pensamientos á la humildad. Esto nos manifiesta que debemos alistarnos bajo la bandera de los sencillos y pequeños, para que se nos comuniquen los profundos y sublimes dogmas, las radiantes y divinas luces, que no quiere conceder el Señor á los grandes, á los prudentes y sabios segun el mundo. Esto quiere decir, que todos los fieles tienen obligacion de sellar con la Cruz todos los atributos y todas las producciones del talento y de la razon.

¿Qué no podria deciros, hermanos míos, si descendiendo á la region de los sentimientos mas íntimos, al asilo impenetrable donde se recogen las emociones mas vivas del corazon, intentara descubrir el tabernáculo que debéis levantar á este signo sagrado? Ah! poco tendré que añadir á lo que no ha mucho acabo de exponeros, y cuando sabeis muy bien, que un verdadero cristiano tiene siempre la Cruz en su corazon. “*Estais ya muertos, decia San Pablo, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios.*” (2) ¡Sublime pensamiento, católicos, alta y profunda revelacion, que solo comprenden las almas verdaderamente consagradas á la Cruz! Pero, ¿de qué manera hemos de llenar este deber? Primero, amando los padecimientos interiores; segundo, rehusándonos á los placeres delincuentes; tercero, produciendo en nosotros sentimientos verdaderos de una conveniente abnegacion. En el curso de estas instrucciones catequísticas se me presentarán varias oportunidades para explayar más estas

(1) Epist. I, ad Cor. cap. II, v. 2.

(2) Ad Colos. cap. III, v. 3.

ideas. Pasemos al orden exterior, que es el principal objeto de esta plática.

¿Por qué nos signamos tantas veces? pregunta nuestro manual catecismo; y responde: *porque en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos.* Si en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos, visto es, católicos, que andamos la carrera de la vida en medio de una deshecha tempestad, y no hay para qué maravillarnos de que diga el Apóstol San Pablo, que la existencia humana es una contienda no interrumpida, es un combate que no ha de acabar sino hasta el sepulcro, es una arena que nos recibe desde el nacer, para que ejercitemos en ella, como atletas de Jesucristo, las fuerzas de la naturaleza y de la gracia en la empeñada y peligrosa lucha con el demonio, con el mundo y con la carne. Lucha empeñada, sí, porque no ha de ser coronado, dice el mismo Apóstol, sino el que haya sostenido bien los combates del Señor, no sentirá su rostro inundado con el esplendor de la gloria, sino solo aquel que haya salido victorioso en la noble contienda. *Non coronatur, nisi legitime certaverit.* (1)

¿Qué hacer, pues, para conquistar ese bien supremo al través de tantos obstáculos? ¿cómo lisonjearse de la victoria en medio de tantos y tan enconados enemigos, y cuando el mas temible de todos ellos es nuestro propio corazón? ¿Cómo? Con el uso constante de la Cruz. Apoderaos de la Santa Cruz, y todo es hecho: tomad esta egida, y seréis inexpugnables: persignaos continuamente en vuestros pensamientos, en vuestras palabras y en vuestras obras, y la gloria será vuestra. Quien está bajo la protección de la Cruz, tiene á Dios de su parte. En este caso, hermanos míos, os preguntaré con San Pablo: *“Si Dios está por nosotros, ¿quién ha de estar contra nosotros? Si Dios nos justifica, ¿quién habrá de condenarnos?”* (2) Tened presente de continuo, que la Cruz y solo la Cruz

(1) II ad Tim. cap. II, v. 5.

(2) Rom. cap. VIII, v. 31 et 34.

contiene y encierra toda la luz, todas las armas, toda la fuerza, todo el poder necesario para que triunfemos de nuestros enemigos. ¿Por qué? *por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella.*

Mas no porque os he hablado con tal estrechez de esta necesidad continua de la Cruz, debéis figuraros que os propongo un ejercicio no interrumpido. No: ¡ojalá pudiéramos estar siempre tributando nuestros homenajes á este sagrado madero! ¡ojalá no pasara un instante solo, sin que estuviésemos actualmente abrazados de la Cruz! Pero en la vida humana todo se halla perfectamente combinado así en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia, y si yo debo aplaudir la devoción en la escala de la vida mística, debo tambien ser muy discreto y sobrio cuando hablo del deber. Fijo en esta idea, me limito á indicaros la ocasion, el caso y las circunstancias en que debéis apelar á este recurso.

¿Cuándo es bien usar de la señal de la Cruz? pregunta nuestro manual catecismo; y responde: *siempre que comencéremos alguna buena obra, ó nos viéremos en algun peligro, particularmente en sintiendo alguna tentacion ó mal pensamiento.*

Esta respuesta de nuestro manual catecismo, hermanos míos, encierra grandes y profundas instrucciones. Si bien la meditais, descubriréis en ella todo el secreto de la vida cristiana. Ya sabéis que en la Cruz está representado Jesucristo con todo su poder; que cubriéndonos con la Cruz, nos cubrimos con el mismo Jesucristo; que portando la Cruz, portamos al mismo Jesucristo; que caminando con la Cruz, caminamos con el mismo Jesucristo; que viviendo con la Cruz, vivimos con el mismo Jesucristo; y que muriendo en la Cruz, morimos en Jesucristo. El uso, pues, de esta sagrada señal, cuando se verifica en espíritu y en verdad, es el ejercicio práctico de nuestra fe en Jesucristo; y el ejercicio práctico de esta fe nunca dejará de ser en cada uno de los que viven en Jesucristo una señal infalible de esa especie de omnipotencia cris-

tiana que conquista todos los bienes y aleja de sí todos los males.

¿Qué se infiere de aquí? Que haciendo cada uno de los que vivimos su carrera para el último fin, por entre el bien que nos brinda con la felicidad y el mal que tiende á precipitarnos en la eterna desgracia, nada es tan conveniente y necesario como poner la Cruz de Jesucristo al frente de este bien y al frente de este mal: porque habéis de saber, hermanos míos, que á la vista de este madero sagrado, descienden sobre nosotros para inundarnos, todas las gracias que nos hacen santos y felices, y huyen medrosos hasta el abismo todos los enemigos de nuestras almas, enemigos terribles pero impotentes contra la Cruz; enemigos tenaces, pero que desaparecen ante la Cruz: enemigos de que la Cruz nos libra completamente, *por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella.* He aquí por qué tenemos necesidad suma de la Cruz con tanta frecuencia, y muy principalmente debemos usar de ella: primero, *siempre que comenzáremos alguna buena obra*: segundo, *cuando nos viéremos en algun peligro*, principalmente cuando somos acometidos por las tentaciones, ó solicitados al mal por el pensamiento.

Pero qué, ¿basta para conseguir unos bienes tan preciosos, para salir triunfantes de los mas terribles encuentros, hacer sobre nosotros la señal de la cruz? ¡Ah hermanos míos! si así fuera, no sería tan rara la virtud ni tan comun el mal sobre la tierra! Apenas hay cristiano que no acostumbre signarse y santiguarse; y sin embargo, son pocos, poquísimos los que pueden con su experiencia misma dar un testimonio al poder sublime de la Cruz. ¿De dónde proviene esta desgracia, hermanos míos? De que usando de este sagrado signo, estamos de ordinario muy léjos del espíritu con que debemos hacerlo, ni tenemos la exactitud y eficacia debidas, ni ponemos la atención correspondiente, ni ménos procuramos unirnos con la Santa Iglesia y Jesucristo vida nuestra en la intencion con que se debe emplear este divino escudo

por todos los cristianos: en suma, porque ó no procuramos adquirir las instrucciones que encierra, ó teniéndolas, apartamos el corazon de los sentimientos que inspira; ó aun poseídos algunas veces de tan elevados y dignos sentimientos, nos limitamos á ellos, esterilizándolos en nuestra conducta, por no llenar cumplidamente los deberes que nos impone el Evangelio respecto de la Cruz.

¿Qué resta, pues, hermanos míos? No resta ya, sino que atentos á todo con aquella empeñosa vigilancia que nos mandó tener Jesucristo Señor Nuestro y nos predicaron los apóstoles, principalmente San Pedro y San Pablo, os apliqueis á comprender la Cruz, á amar la Cruz, á usar frecuente y dignamente de la Cruz, conservando las instrucciones que encierra, entrando en los sentimientos que inspira, y observando con inviolable fidelidad la conducta que propone. Dichosos mil veces vosotros si correspondiendo á la gracia que os invita, os previene, os ilustra y os conforta, encerrais en vuestra alma, como un preciosísimo tesoro, estas instrucciones, estos sentimientos y estas máximas que os he dado acerca de la Cruz. Con las primeras adquiriréis aquella sabiduría sublime á que aspiraba solamente el grande Apóstol, que no queria saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: con los segundos sentiréis brotar en vuestro corazon esa fecundidad prodigiosa que derrama tantos encantos sobre las santas humillaciones y los santos padecimientos que acrisolan á los justos; y con las terceras llegaréis á ser los señores de vosotros mismos, saliendo siempre victoriosos en los terribles embates en que á cada paso os hallaréis contra el demonio, contra el mundo y la carne: es decir, católicos, que seréis sabios, seréis virtuosos y eternamente bienaventurados.

Sea así: llegue ese dia perdurable, ese dia siempre claro, ese dia sin noche en que recojais el fruto precioso de estas luces, de estos sentimientos y virtudes, conociendo, amando y poseyendo á Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.—AMEN.